

La iglesia y la clase trabajadora hispanica en los Estados Unidos

MOISÉS SANDOVAL

INTRODUCCIÓN:

Los hispanicos en los Estados Unidos son principalmente gente de la ciudad. De su número total en la actualidad, 16.5 millones,¹ el 85 por ciento vive en las ciudades. Aun cuando algunos de los que viven en la ciudad trabajan en las granjas, la agricultura no necesita más del 20 por ciento de su fuerza de trabajo. La información económica proporcionada por el Departamento de Censos muestra por qué los hispanicos constituyen una clase trabajadora casi en su totalidad. Una cuarta parte de ellos vive por debajo de la línea de pobreza, en contraste con el 10 por ciento de la población de Estados Unidos en su totalidad. Entre los hispanicos, la clase media es muy reducida y la clase alta prácticamente no existe. El ingreso promedio de una familia hispanica corresponde al 71 por ciento del ingreso de una familia no minoritaria. El ingreso promedio familiar en 1981 fue de \$ 16 400 dólares al año, en comparación con los U.S. \$ 22 000 que obtuvieron familias de origen no hispano.² Por lo tanto, ser hispanico en los Estados Unidos significa ser parte de la clase trabajadora urbana.

Las razones por las cuales los hispanicos en Estados Unidos se han concentrado en una clase tienen raíces históricas muy profundas. La sociedad española primero y la mexicana después, en las tierras colonizadas por los conquistadores españoles, en lo que ahora se conoce como los Estados Unidos, consistían de una gran clase inferior (indios), un proletariado (los mestizos) y una reducida clase alta. La anexión de esos territorios a los Estados Unidos eliminó o asimiló la clase alta hispanica y opuso resistencia a las clases bajas a través de un proceso de colonización aún vigente. Los hispanicos iniciaron su liberación en 1986.

La lucha es complicada porque, aun recientemente, los hispanicos apenas si pueden reclamar su derecho a tener una iglesia, además de la

¹ Datos del último informe del Departamento de Censos, publicados en la primavera de 1986.

² Edward W. Fernández y Carmen DeNavas, "Persons of Spanish Origin in the Unites Sttes: March 1982", Oficina de Censos, Departamento de Comercio de los Estados Unidos, p. 5.

destinada al uso popular. Todavía están lejos de una iglesia institucional. Hay únicamente 17 obispos hispánicos (del total de 300), 189 sacerdotes de origen hispánico (de un total de más de 57 000) y menos de 1 000 monjas (de un total de 120 000).³ La iglesia popular, consistente de un laicado con sus líderes naturales organizados en grupos, con frecuencia tiene muy poca relación o trato con la iglesia institucional. La mayor parte de su historia, los hispánicos han sido apoyados más por la iglesia popular que por la institucional. Con frecuencia menospreciada por la iglesia institucional, la iglesia popular casi no ha recibido el reconocimiento y la importancia que debiera en el avance de la causa de esta minoría.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS:

A diferencia de los indios, los hispánicos son gente incorporada a los Estados Unidos por medio de la anexión. En 1846, Estados Unidos invadió Nuevo México, apoderándose de lo que ahora es conocido como el sureste de Estados Unidos. Además de Nuevo México, abarca los estados de Arizona, California, Nevada y partes de Wyoming y Colorado. En 1845 Texas, que se había independizado de México en 1836, fue admitido dentro de la unión americana como otro estado.

La guerra mexicana permitió no sólo la posesión de codiciados territorios, sino también la invasión a México. Las fuerzas de Estados Unidos penetraron al norte por tierra, al mismo tiempo que la marina desembarcaba en Veracruz. Hacia 1847, los invasores habían tomado posesión de la ciudad de México. Pudieron haberse anexado todo el país derrotado. Lo que contuvo a Estados Unidos fueron los mexicanos.

Los siete millones de habitantes de México estaban constituidos en su mayoría por indios y mestizos. Los ciudadanos de Estados Unidos habían rechazado a los indios desde mucho tiempo atrás. Se creía que eran escasamente seres humanos. El dicho popular rezaba: el único indio bueno es el indio muerto. No había lugar para un indio en la sociedad. La consigna era echarlos lejos, exterminar a aquellos que se resistieran y finalmente, establecer a los sobrevivientes en grandes extensiones de tierras desérticas e improductivas. El mestizo no podía esperar mejor trato en general.

El mestizo heredó de los españoles la antipatía entre España e Inglaterra que iba más allá de la competencia por el nuevo imperio, la riqueza y el poder. Durante la mayor parte de su historia, habían sido enemigos. Los ingleses encabezaron la reforma protestante y los españoles la Inquisición. La historia dio a ambas gentes valores opuestos. Un ejemplo importante: aunque ambas sociedades eran racistas, los españoles se mezclaron con los indios para crear el mestizo. José Vasconcelos veía esta mezcla como la cósmica. Los ingleses, por su parte, veían la mezcla de razas

³ Catholic Directory, P.J. Kennedy & Sons, estadísticas generales.

como una aberración y cualquier persona con mezcla de sangre era inferior. El desprecio hacia los mestizos era más intenso que el de los indios y españoles. Una creencia popular era que la mezcla de indio con español creaba una raza "más despreciable que cualesquiera otra".⁴ Walter Prescott Webb, uno de los más populares escritores del Sureste, escribió que la sangre mexicana era mucho más pobre y delgada que la de los indios puros. Así como a los niños se les enseñó alguna vez que los indios no eran humanos, ahora se les decía que los mexicanos eran menos que eso.⁵

Por lo tanto, con la opinión pública en consenso, el filósofo político John C. Calhoun sostenía que sólo "una raza blanca libre" debería agregarse a la Unión Americana;⁶ los Estados Unidos se apoderaron sólo de la mitad del territorio mexicano, la parte que estaba virtualmente deshabitada. Además de los 250 000 indios, sólo 75 000 hispánicos vivían en las tierras conquistadas: 5 000 en Texas, 60 000 en Nuevo México, 2 000 en Arizona y 8 000 en California. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado en 1848, hizo a estos mexicanos ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica y les garantizó la pertenencia de sus tierras. Todas fueron falsas promesas.

Pronto se hizo evidente que los anglosajones no sólo rechazaban a los ahora mexicano-norteamericanos, sino que se intentó echarlos del país o eliminarlos. Un oficial del ejército escribió en 1859 que la raza blanca estaba "exterminando o aplastando a la raza inferior".⁷ Otro soldado americano escribió a su lugar de origen, desde el sitio de la batalla, que "los mexicanos, al igual que los indios, estaban condenados a retirarse ante los angloamericanos más emprendedores".⁸

En 1849, apenas firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo, 2 000 mineros anglosajones quemaron Sonora, un pueblo minero a las faldas de una colina en California. Estos mineros dispararon contra todos los hispánicos que encontraron: mexicano-norteamericanos, así como mexicanos, chilenos y peruanos atraídos a dicho lugar por el descubrimiento del oro en 1848. Mucha gente fue asesinada o linchada.⁹ Durante el siguiente cuarto de siglo, la política observable en Texas y California era intimidar, desposeer, expulsar o exterminar a los hispánicos. En algún momento en

⁴ *Foreigners in their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans*, editado por David J. Weber (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), p. 60.

⁵ James A. Mitchener, *Centennial* (New York: Random House, Inc., 1974), p. 926.

⁶ *Fronteras: A History of the Latin American Church in the USA since 1513*, editado por Moisés Sandoval (San Antonio: Mexican American Cultural Center, 1983), p. 285.

⁷ *Carey Williams, North from Mexico, the Spanish-Speaking People of the United States* (Nueva York: Greenwood Press, 1968), p. 105.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Matt S. Meier & Feliciano Rivera, The Chicanos: A History of Mexican Americans* (Nueva York: Hill and Wang, 1972), p. 76.

California, Carey McWilliams, un historiador, escribió que se creía que los hispánicos y su cultura habían sido "exorcizados".¹⁰ Esto era posible en Texas y en California, porque los hispánicos llegaron a ser una pequeña minoría. Para 1836, cuando Texas se independizó, los angloamericanos superaban en número a los mexicanos en proporción de seis por uno.¹¹ En California, con el flujo masivo de gente después del descubrimiento del oro, los mexicanos eran superados también en proporción de 10 por uno hacia 1849.¹² El despojo se llevó a cabo en Nuevo México también, pero los hispánicos eran demasiado numerosos para que los conquistadores intentaran echarlos de sus tierras.

McWilliams escribió: "En los campos mineros, cada crimen o denuncia de un crimen era achacado inmediatamente a un mexicano y el linchamiento era la pena aceptada para los crímenes cometidos por los mexicanos". En 1854, una persona era asesinada diariamente en Los Ángeles, que en esa época era sólo una villa. Ese año en California se cometieron más crímenes que en todo el resto de los Estados Unidos juntos y las víctimas con frecuencia eran mexicano-norteamericanos. McWilliams escribió respecto a los linchamientos: "pronto degeneraron de una forma de castigo vigente para castigar un crimen, a un mero deporte al aire libre en California del Sur".¹³

Una mujer llamada Juanita, con tres meses de embarazo, fue una de las personas linchadas en 1851. El cuatro de julio un minero anglosajón borracho irrumpió en la choza donde Juanita vivía con un hombre, supuestamente su esposo. El minero regresó al día siguiente y Juanita lo hirió de muerte con un machete. Al siguiente día un canalla anglosajón la linchó.¹⁴ El código de honor de occidente, que enfatiza el respeto a las mujeres, no se aplicaba a las mexicano-americanas.

El conocido matón texano, King Fisher, al ser interrogado en una ocasión sobre cuántos hombre había matado, respondió: "37, sin contar a los mexicanos". "La gente falla al contar lo no esencial, las cosas y la gente que existe sólo superficialmente, aquellos cuyas vidas son fácilmente anulables", escribió McWilliams.¹⁵

Por lo tanto, la cultura con sus 250 años de existencia en Nuevo México, más de 150 en Texas y 75 en California, se vino abajo. Aunque no la sociedad industrial, que ha poseído una riqueza de tecnologías, desde las relacionadas con la irrigación a las de la minería. A pesar de que esa sociedad fue descrita como un grupo con una pequeña élite de clase alta y con la mitad de proletarios analfabetas, sus miembros poseían muchas

¹⁰ Carey McWilliams, *North from Mexico*, p. 128.

¹¹ Carey McWilliams, *North from Mexico*, p. 93.

¹² *A Documentary History of the Mexican Americans*, editado por Wayne Moquin con Charles van Doren (Nueva York: Paeger Publishers, 1971).

¹³ Carey McWilliams, *North from Mexico*, p. 130.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 112-113.

¹⁵ *Ibid.*, p. 98.

habilidades. Sus líderes eran iguales, en todos sentidos, a los anglosajones que asumían el control. Los mexicano-norteamericanos, por ejemplo, estaban dentro de los granjeros de las constituciones de los estados de California y Nuevo México. Estaban entre los líderes militantes y económicos de la República de Texas. Pero un cuarto de siglo después del Tratado de Guadalupe Hidalgo, los hispánicos en Texas habían sido reducidos al *status* de vendedores de tamales en Texas. Su destino en California fue similar. Menos que una clase trabajadora, eran considerados como una clase baja y eran rechazados en todas partes.

La única excepción se dio en la minería, donde a pesar de la legislación restrictiva y la violencia, que alejaron a muchos mineros, los mexicanos y otros latinoamericanos poseían una tecnología que los anglosajones no poseían. Por lo tanto, desde el principio estos trabajadores eran bienvenidos en las operaciones de minería pertenecientes a los anglosajones; pero ahí también, ellos eran considerados como clase inferior y se les pagaba menos, se les forzaba a hacer las tareas más peligrosas, eran atacados por los vigilantes y las tropas cuando intentaban irse a la huelga y se les relegaba a caseríos aislados.

El período durante el cual los anglosajones intentaron expulsar a los hispanos de los Estados Unidos terminó en 1882 con el pasaje del Acto de Exclusión Chino. Hasta ese momento, los orientales, los irlandeses y los europeos del Este y Sur del continente habían proporcionado mano de obra barata necesaria para extender las líneas ferroviarias al Oeste y para cultivar las tierras y cosechar los productos. El Acto de Exclusión Chino fue motivado por miedo de que los chinos empezaran un período en el cual la presencia de los hispanos en el Suroeste fuera tolerada en algunas áreas.

Al mismo tiempo que se cerraba la puerta a los chinos, se abrían a la irrigación los enormes valles del Suroeste, especialmente en California. Las tierras con irrigación pronto se extendieron de 60 000 acres a 1 400 000. Tal crecimiento agrícola requería de muchos trabajadores. Otro factor que estimuló esa industria fue el pasaje de la fijación de aranceles a la importación de azúcar que hizo que el cultivo de la remolacha dulce fuera negocio. Esta industria empleó miles de trabajadores, desde California hasta la región de los estados centrales.

Los mexicanos y los mexicano-norteamericanos llegaron a ser los trabajadores baratos escogidos para la agricultura. Los agricultores los preferían porque eran buenos trabajadores, dóciles y fácilmente desechables. Cuando ya no los necesitaban, podían ser simplemente echados al otro lado de la frontera. De esta manera, los hispanos por vez primera, casi medio siglo después de la conquista del Suroeste por los Estados Unidos, ganaron un lugar en la economía: como los labradores y los cosechadores. La discriminación y la fuerza de la policía intentarían mantenerlos en esa área de la economía. Aún en la actualidad, algunas gentes ven el trabajo del campo como una responsabilidad de los hispanos. Los miembros del consejo de la

Oficina Regional del Noroeste para los Hispánicos en Yakima, Washington, reportaron en 1985 que en épocas de escasez de trabajo, los hispánicos de la ciudad son recriminados por los otros ciudadanos por no estar en los campos.¹⁶

Pronto los hispánicos seguirían las cosechas desde Texas a Michigan, desde Nuevo México hasta Colorado y desde California al estado de Washington. Tienen escasas oportunidades de cambiar su trabajo en el campo por uno en la ciudad. Eran bienvenidos en el norte sólo cuando había trabajo que hacer. En un condado de Michigan, por ejemplo, el alguacil rodeaba a los trabajadores rezagados al final de la estación y les pedía que se fueran. Un historiador escribió: "Hay un acuerdo tácito entre todos los grupos de la comunidad de que los inmigrantes deben estar fuera del área para octubre."

Otros factores influenciaron la elección de los hispánicos para el trabajo del campo. En 1907, un acuerdo de Caballeros con Japón restringió la inmigración de ese país. La primera guerra mundial detuvo la inmigración de Europa y otro acto legislativo en 1920 puso límites aún más grandes a los europeos del Este y del Sur. La guerra creó escasez de trabajadores, especialmente en la agricultura. Esto fue cubierto con mexicanos y puertorriqueños. Puerto Rico, había pasado a ser posesión de Estados Unidos en la conquista de 1898. Los puertorriqueños empezaron a llegar a la costa Este siguiendo las cosechas, en la primera década del siglo xx.

Los hispánicos eran una elección ideal para el trabajo agrícola por otras razones también. En ese tiempo, más del 75 por ciento de los que vivían en los Estados Unidos eran gente del campo. Aquellos que venían de México eran también agricultores.

La Revolución Mexicana, al empezar en 1910, marca el principio de la clase trabajadora urbana hispánica en los Estados Unidos. Ese conflicto y la revuelta que siguió por décadas, envió a cientos de miles al otro lado de la frontera, muchos de ellos habitantes de las ciudades, en contraste con los campesinos de los pueblos pequeños que habían venido antes. Muchos, obligados a emigrar a causa de la Revolución Mexicana, se establecieron directamente en las ciudades. El principio del barrio mexicano en Chicago fue detectado por primera vez en 1910, aun cuando los trabajadores ferrocarrileros empezaron a llegar en 1907.¹⁸ Las comunidades surgieron a lo largo de las vías del tren: Denver, Kansas City, Omaha.

Estos trabajadores pudieron encontrar empleo en las plantas de acero, los ferrocarriles, emparadoras y otras industrias, porque en la primera guerra mundial había escaseado la mano de obra en los Estados Unidos. Los problemas laborales después de la guerra también estimularon la migración. Algunos mexicanos fueron traídos a los Estados Unidos como "rompe

¹⁶ Entrevista personal hecha por el autor, mayo de 1985.

¹⁷ *Fronteras*, p. 260.

¹⁸ *Fronteras*, p. 256.

huelgas". La población de Michigan aumentó de menos de 100 mexicanos en 1900 a 8 000 a finales de la primera guerra mundial en 1918; la mayoría de ellos eran obreros de la industria automotriz. En 1923, 919 mexicanos fueron llevados a Bethlehem, Pa., por la compañía H. Steel, así que, aunque los alguaciles de los condados forzaban a los inmigrantes para que se concentraran al Sur, tan pronto como la cosecha terminaba, otros que nunca habían trabajado en el campo, se establecieron en las grandes ciudades.

Los logros alcanzados por los hispanicos casi desaparecieron por completo durante la gran depresión de 1930, la cual dejó millones de desempleados. Para ahorrar las erogaciones de la asistencia social, cientos de miles de hispanicos, incluyendo un gran número de los que habían nacido en los Estados Unidos o que ya se habían naturalizado como ciudadanos, fueron "repatriados" a México. No existen datos precisos, pero la cantidad fue tan enorme que la población de los nacidos en México bajó de 630 000 en 1930 a poco más de 377 000 en 1940.¹⁹ Las deportaciones se originaron en muchas ciudades tanto de la costa Oeste como de las ciudades del centro. En Detroit había un consulado mexicano para arreglar la salida de los mexicanos. Entre 1931 y 1934, el Departamento de Asistencia Social de Los Ángeles, alquiló 15 trenes especiales para transportar hasta 1 000 mexicanos en cada uno de ellos hasta la ciudad de México.²⁰ Repatriar a 6 024 personas le costó a Los Ángeles 77 249 dólares, gasto que los oficiales justificaron diciendo que hubiera costado 424 933 dólares darles la asistencia social a la que tenían derecho si se hubieran quedado.

A consecuencia de todo esto, los mexicanos que una vez habían representado el 75 por ciento de los trabajadores de las brigadas de mantenimiento y tendido de las vías del tren que operaba en Chicago, se redujeron hasta alcanzar una mínima minoría en ese trabajo. Fueron los primeros en ser despedidos cuando llegó la crisis económica y eran recontratados sólo si los anglosajones no deseaban el trabajo. Esto es lo que ha sucedido en todas y cada una de las industrias, aun después de que fue aprobada la legislación de los derechos civiles en 1960, para corregir tal discriminación.

El hecho que finalmente estableció una clase trabajadora urbana compuesta por hispanicos en los Estados Unidos fue la segunda guerra mundial. Hasta ese momento, el "lugar" que se les había asignado en la economía era principalmente en la agricultura. Pero la escasez de mano de obra originada por el conflicto mundial abrió muchas oportunidades para los hispanicos. La guerra también marcó el cambio de estos trabajadores, quienes dejaron de ser empleados del campo para convertirse en empleados

¹⁹ Leo Grabkerm Hoan W. Moore, Ralph C. Guzman, *The Mexican American People, the Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: The Free Press, 1970), p. 526.

²⁰ *Ibid.*, p. 524.

ciudadinos. También abrió la puerta a muchos más inmigrantes que nunca antes.

El movimiento hacia la urbanización continuó después de la guerra. En tanto que sólo 70 000 puertorriqueños vivían en Nueva York en 1940,²¹ más de un millón se cambió durante los siguientes 20 años después de la segunda guerra mundial. El triunfo de Fidel Castro en 1959 trajo como consecuencia el éxodo de cientos de miles de cubanos quienes se establecieron en las ciudades. Aun cuando algunos de ellos pertenecían a la clase media y a la clase alta, la mayoría de ellos se convirtieron en obreros.²² En la actualidad, la mayoría de los inmigrantes hispánicos que llegan de América Latina se establecen en las ciudades. Como consecuencia de esto, todas las grandes ciudades en los Estados Unidos tienen una comunidad hispánica importante y en algunas es verdaderamente enorme, por ejemplo, Los Ángeles, con cerca de dos millones; Nueva York, con 1.5 millones; Chicago, con cerca de un millón; y Houston, con más de 400 000.

LA IGLESIA Y LA CLASE OBRERA HISPÁNICA

La historia registra escasos acuerdos entre la Iglesia y la clase obrera hispánica en los Estados Unidos. Esos escasos incidentes, sin embargo, no retratan a la Iglesia muy positiva que digamos. Parece ser que la Iglesia institucional recibía a los hispánicos con algunos prejuicios que ellos tenían que sufrir en el resto de la sociedad. El arzobispo Edward Hanna, quien era el responsable de la arquidiócesis de San Francisco de 1915 a 1935, una vez escribió una carta a la delegación congresional de California, en la cual enlistaba siete razones por las cuales los inmigrantes no deberían ser apoyados. Él decía:

Ellos (los mexicanos) desperdician nuestras bondades; ellos y sus hijos llegan a formar la gran mayoría de la población de nuestras cárceles; afectan la salud de nuestra comunidad; crean problemas en el trabajo del campo; requieren atención especial en nuestras escuelas y son de baja inteligencia; merman el porcentaje de nuestra población blanca y siguen siendo extranjeros.²³

En Chicago, el sacerdote explicó: "Hemos echado a los inmigrantes europeos y hemos aceptado a los incivilizados mexicanos en su lugar."²⁴ Él

²¹ *Puerto Ricans in the Continental United States: An Uncertain Future*, un reporte de la Comisión de los Estados Unidos sobre los Derechos Civiles, 1976, p. 19.

²² Juan Clark, *Why? The Cuban Exodus: Background, Evolution and Impact in the U.S.A.* (Miami: Unión de Cubanos en Exilio, P.O. Box 4505521, Miami, Fla., 33145, 1977), p. 20.

²³ *Manuel Gamio, Mexican Immigration to the United States, a Study of Human Migration and Adjustment* (Nueva York: Dover Publications, Inc., 1971), p. 118.

²⁴ *Fronteras*, p. 264.

declaró que había 560 comunistas organizados en Gary, Ind., y que la mayoría de ellos eran mexicanos y rusos. Los prejuicios estaban diseminados en todas partes, aparentemente.

En las ciudades en donde predominaban los mexicanos, se establecía una parroquia para poder servirlos. Nuestra Señora de Guadalupe en Chicago, fue fundada en 1928. Otras capillas con el mismo nombre fueron apareciendo en diferentes lugares, tales como Omaha y St. Paul, Minn., lo cual indicaba que el grupo predominante estaba formado por hispanícos de origen mexicano.

En muchas ciudades del Suroeste, los hispanícos se enfrentaron a la misma discriminación que tenían que sufrir en todos los servicios públicos. Había iglesias separadas para los anglosajones y los mexicanos y en la misma parroquia de muchos lugares en Texas y Colorado, los mexicanos eran segregados.

Lo que la Iglesia ofrecía a la nueva clase obrera hispanica en las ciudades rara vez iba más allá de la administración de los sacramentos. En tanto que los sacerdotes habían luchado del brazo de los inmigrantes en Irlanda, para apoyar a los trabajadores en el establecimiento de un sindicato, la Iglesia mostraba una increíble tolerancia cuando la injusticia estaba dirigida a los hispanícos, disculpando su inactividad con el pretexto de que su misión era espiritual; era la búsqueda de los bienes del otro mundo y proveer a los hombres con la gracia de Dios.

La inmigración masiva de los mexicanos durante y después de la Revolución Mexicana desembocó en una violencia desconocida hasta entonces. Entre 1908 y 1925 fueron asesinados tantos mexicanos y mexicano-norteamericanos a lo largo de la frontera, que parecía "como si fuera una estación abierta".²⁶ No existe antecedente de ninguna clase de que la Iglesia hubiese protestado por estos sangrientos hechos.

De la misma manera, un análisis del contenido de *The Tidings*, el periódico oficial de la arquidiócesis de Los Ángeles, muestra la ausencia total de cualquier tipo de protesta por las deportaciones masivas de los años de la depresión. Entre 1931 y 1932, ese periódico publicó sólo un párrafo sobre el tema.²⁷

El movimiento de la población hispanica a las ciudades en 1940 también originó una intensa discriminación y algunas veces el confinamiento masivo, lo cual contaba con la negligencia benigna de la Iglesia institucional. El más importante de estos incidentes fue el de los llamados Pachuco, o de trajes multicolores, que tuvo a Los Ángeles como escenario durante la guerra.

En 1942, un capitán de la policía de Los Ángeles llamado E. Durán Ayres declaró ante el gran jurado de un condado que "el deseo de los mexicanos de matar, o por lo menos el de ver sangre" es una caracterís-

²⁵ McWilliams, *North from Mexico*, p. 92.

²⁶ McWilliams, *North from Mexico*, p. 129.

²⁷ Grebler, *et al.*, p. 458.

tica genética. Enfatizó que "el elemento criminal debe ser un indicador del todo"; decía que era esencial encarcelar a cada miembro de la banda, lo mismo que encarcelar a uno o dos de los cabecillas.²⁸ Con esa justificación, cientos de jóvenes fueron arrestados sólo por sospechas o por cargos ridículos y encarcelados por largas temporadas.

Miles de soldados, marineros y miembros de la infantería de marina, alentados por una prensa prejuiciada, mientras la policía miraba a otra parte, argumentando que 11 marineros habían sido golpeados por una pandilla, entraron a los teatros, restaurantes, bares y otros comercios, buscando a los jóvenes mexicanos. Después los arrastraron a la calle y los golpearon; la policía llegó y arrestó a las víctimas, y luego, los golpearon nuevamente. Antes de que los disturbios se acabaran, los militares le sacaron un ojo a un obrero mexicano-norteamericano e hirieron a cientos de jóvenes hispánicos. Un reportero grabó cómo la policía atacó a una mujer minusválida sólo porque ésta les suplicó que no se llevaran a su hijo.²⁹ Si acaso las autoridades y el clero de Los Ángeles protestaron de alguna manera por estos actos de violencia, esto pasó inadvertido. La Iglesia no pudo intervenir sino hasta que los hispánicos tuvieron sus propios sacerdotes y obispos.

Si hiciéramos un juicio de acuerdo con las acciones de la Iglesia, veríamos que tardaron mucho en darse cuenta del cambio de los hispánicos de agricultores a gente citadina. Cuando los prelados se percataron al fin de las necesidades especiales de los católicos hispánicos, los trabajadores del campo llamaron su atención. En 1945, los sacerdotes del Suroeste formaban un comité episcopal para los que hablaban español y establecieron una oficina en San Antonio para dar servicio a esta gente.

La información existente de esos esfuerzos pastorales indica que el foco principal eran los trabajadores del campo. En verdad, ellos eran los más abandonados, pero el rápido crecimiento de esta clase trabajadora, trajo consigo grandes necesidades. En California una misión compuesta de cuatro sacerdotes recorrió los ricos valles agrícolas de un lado al otro, predicando la fe entre los agricultores; entre ellos se encontraba el futuro líder del Sindicato de los Trabajadores del Campo, César Chávez. Su esfuerzo fue muy importante porque, por primera vez, la Iglesia empezó a confrontar el asunto de la injusticia en los campos, más que a simplemente predicar acerca de la recompensa que esperaba en la otra vida.

San Antonio fue el escenario donde sólo unos cuantos años antes de que la Oficina para los hablantes de español se estableciera, la Iglesia se rehusó a dar su apoyo a la huelga de miles de descortezadores de nueces mexicano-norteamericanos. Los salarios eran tan bajos que apenas si llegaban a los 2 dólares por semana en 1934 y sólo ligeramente mejores después del sistema a destajo; esta situación horrorizó a un economista britá-

²⁸ McWilliams, *North from Mexico*, p. 234.

²⁹ *Ibid.*, p. 249.

nico que visitó a los trabajadores. Las condiciones de trabajo eran deplorables. Cuando los trabajadores se fueron a la huelga en 1938, fueron golpeados por la policía, encarcelados sin motivo alguno y su comedor de beneficencia fue cancelado por el jefe de la policía represiva, quien fue severamente criticado por su conducta por el gobernador de Texas. Con todo, el arzobispo no sólo se rehusó a apoyar la huelga, sino que alabó la conducta de la policía por actuar en contra de "influencias comunistas".³⁰

En vez de trabajar por la justicia, la Iglesia institucional dirigió sus esfuerzos hacia dos objetivos temporales: 1) americanizar a los hispánicos y 2) evitar que se hicieran comunistas.

La americanización significaba el rechazo a la cultura hispánica y las formas y maneras de adoptar los valores de la sociedad anglosajona. Los sociólogos acusaban a la cultura hispánica de su falta de ambición, de sus tendencias criminales, de su fatalismo y de otros problemas. Los prelados creían que la mejor manera de ayudar a los hispánicos a resolver sus problemas era persuadirlos de olvidar sus propias tradiciones para que pudieran integrarse a la sociedad anglosajona.

Nunca hubo un verdadero peligro a causa del comunismo, pero todos los esfuerzos para combatir la discriminación, para unificarse o aun para organizarse con fines políticos eran atribuidos indefectiblemente a "influencias comunistas".

LECCIONES DE LAS LUCHAS DE LOS NEGROS

En cualquier historia de la Iglesia, el Segundo Vaticano tiene que ser un programa doble de cambio. Sin embargo, para la mayoría de los hispánicos que estaba tratando de establecer su derecho de existir en los Estados Unidos más allá de los campos donde le había sido asignado su hábitat, había una influencia aproximada para guiar su lucha por la supervivencia. Para los hispánicos, ya fueran agricultores u obreros, el modelo era la lucha de los negros encabezada por el doctor Martin Luther King.

La lucha de los negros empezó con un simple incidente ocasionado por una mujer llamada Rosa Parks, quien se negó a darle su asiento a un hombre blanco en un autobús en Montgomery, Alabama, el primero de diciembre de 1955. Poco antes, el 17 de mayo de 1954, la segregación en las escuelas había sido declarada anticonstitucional por la Suprema Corte de Estados Unidos. Encabezados por sus líderes religiosos, los negros organizaron boicots, marchas y demostraciones; también prepararon plantones en su lucha por alcanzar la igualdad. Más tarde, cuando vieron que habían fracasado en lograr todo lo que esperaban, organizaron movimientos en muchas ciudades, los cuales en algunos casos terminaron en verdaderos

³⁰ Rodolfo Acuña, *Occupied America: The Chicano's Struggle Toward Liberation* (San Francisco: Confield Press, 1972), p. 166.

problemas, como por ejemplo el del barrio de Watts en Los Ángeles en 1965.

Un año antes (1964), el Congreso había dado por terminado finalmente el Programa del Bracero, que había traído a cientos de miles de trabajadores mexicanos del campo por más de dos décadas. El programa alcanzó su máxima expresión en 1956, cuando 445 000 trabajadores cruzaron la frontera para trabajar en docenas de estados en todo el camino de California hasta las Carolinas del Norte y del Sur.³¹ Originalmente, este programa empezó para resolver la escasez de mano de obra que se originó al principio de la segunda guerra mundial; sin embargo, la mayor parte del tiempo había sido usado por los granjeros para frustrar los intentos de unificarse por parte de los trabajadores. El fin del programa, por primera vez, dio a los trabajadores del campo una oportunidad de organizarse entre sí. Finalmente, los prelados de la Iglesia católica, tomando las palabras de algunos papas sobre los derechos de los trabajadores para formar sus sindicatos y negociar colectivamente su situación laboral, decidieron apoyar a los trabajadores del campo en su huelga y el boicot que los llevó a conseguir la firma de los primeros contratos en 1970.

EL MOVIMIENTO

En los campos, el movimiento para lograr la igualdad era llamado la Causa: en las ciudades el movimiento de los obreros, se denominaba simplemente como el Movimiento. Igual que la lucha de Martin Luther King, que fue por lo general un fenómeno urbano, los hispánicos siguieron en casi todo momento las mismas tácticas: marchas, boicots, campamentos, manifestaciones y plantones. Los hispánicos, sin embargo, no tenían la cohesión que el movimiento de los negros tenía; este último tenía un líder superior, en tanto que los hispánicos tenían muchos líderes. Sus argumentos eran escuelas paupérrimas, falta de trabajo, discriminación en muchos niveles, violencia por parte de la policía y la privación de sus derechos civiles para participar en la política.

La Iglesia participó muy escasamente en el Movimiento. A finales de 1960, los arzobispos y los sacerdotes, si estaban relacionados con el movimiento, o se mostraban a favor de los trabajadores, actuaban con gran recelo o simplemente se mantenían al margen de los acontecimientos. En tanto los prelados acompañaron a los negros cuando éstos marchaban por las calles, los hispánicos caminaron solos. Las voces desde el púlpito siempre hablaron de la igualdad en la educación, justicia en el empleo y el derecho a votar de todos los ciudadanos; sin embargo, todo estaba fría-mente calculado para no ofender a la mayoría de los miembros de la Iglesia. Mantener felices a los contribuyentes espléndidos, siempre ha sido un fuerte incentivo para contemporizar. En los grandes problemas del mo-

³¹ *Fronteras*, p. 348.

mento (desigualdad en los empleos, violencia policiaca en las calles o las protestas contra de la guerra), la Iglesia permanecía notoriamente silenciosa o tratando de ser mediadora, evitando tomar el papel de profeta.

En la lucha política de la clase obrera hispánica, el año de 1963 tiene igual importancia que la negación de Rosa Parks de ceder su asiento en Montgomery, Alabama, en 1955. Ese año, un pueblo pequeño de 10 000 habitantes en el Sur de Texas ocupó los encabezados de los diarios de toda la nación. Una aplastante mayoría (80 por ciento de los habitantes) de mexicano-norteamericanos había ganado el control de la presidencia municipal por primera vez, derrotando a la minoría anglosajona que había gobernado durante 60 años.

Crystal City fue el símbolo de la frustración política de los obreros hispánicos. A través de todo Texas y en otros muchos lugares del Suroeste, hubo porcentajes de comunidades donde los hispánicos o eran la mayoría a una cantidad suficientemente grande para tener representación política a nivel local, estatal y nacional. Sin embargo, desde Washington a su presidencia municipal o en la secretaría de educación, los hispánicos fueron sistemáticamente alejados de cualquier posibilidad de ejercer la voz a la que tenían derecho por el número de habitantes que eran. La Iglesia en Texas no jugó ningún papel importante en el triunfo de los mexicano-norteamericanos en Crystal City. La única referencia que se hace a la Iglesia en la historia de la lucha se refiere al establecimiento de un comité para servir de intermediarios entre los anglosajones y los hispánicos. Fracasaron en su esfuerzo, además.

Hasta nuestros días, la Iglesia ha detestado involucrarse en la lucha de los obreros hispánicos por el poder político, tal vez porque tiene miedo de ser acusada de entormeterse en la política. Ha huido lejos de cualquier organización política, por inocente que ésta parezca. La Liga de los Ciudadanos Latinoamericanos Unidos (LULAC), es un buen ejemplo. Organizado en 1929 en Texas como un grupo cívico no partidario de grupos políticos, que enfatizaba la americanización, el LULAC al principio parecía una amenaza para el gobierno de los angloamericanos. Sus líderes fueron echados por los alguaciles de algunos condados del Sur de Texas a punta de pistola, o fueron aprehendidos y acusados por las autoridades legales de California de ser comunistas, o eran vejados en cualquier otra forma. En las entrevistas con sus fundadores no revelaron ninguna ayuda significativa de la Iglesia.³²

Para terminar, hasta 1970 el servicio de la Iglesia a la clase obrera no pasó de su tradicional cuidado: caridad, servicios religiosos y educación. En las ciudades había algunas parroquias que de alguna manera servían como parroquias nacionales, pero no se distinguían a sí mismas de las demás por estar en favor de los hispánicos. Aun cuando los barrios no contaban con

³² Entrevistas hechas por el autor, 1980.

escuelas católicas (porque la gente no contribuía con el suficiente dinero para sostenerlas), Los Ángeles era la excepción. Aquí, el cardenal Francis McIntyre, que estuvo al frente de la Iglesia de 1948 a 1970, hizo un tremendo esfuerzo para construir escuelas católicas al servicio de la gran cantidad de habitantes mexicano-norteamericanos de esa ciudad.³³ Era parte del esfuerzo de americanización.

LA LUCHA CON LA IGLESIA:

El Movimiento era visto con recelo en todas partes y sus miembros como simples agitadores, especialmente después de que la Iglesia se convirtió en el centro de sus actividades de protesta, lo mismo que otras instituciones. Los jóvenes activistas organizaron plantones frente a las cancillerías en demanda de becas para los hispanos, servicios en español y el fin a la discriminación dentro de la Iglesia. La mayoría de las veces sólo consiguieron frustraciones. En los casos en que triunfaron los militantes, la Iglesia respondió de una manera tradicional. En Denver, por ejemplo, la Cruzada por la Justicia del barrio tuvo éxito al lograr que la arquidiócesis los ayudara a fundar una escuela especial que buscó afanosamente que los jóvenes mexicano-americanos apreciaran sus propios valores y su cultura y de esa manera remediar en algo el daño hecho a ese respecto en el sistema de escuelas públicas.

Al enfrentarse a la Iglesia, los activistas del Movimiento buscaron no sólo involucrarla en su lucha hacia afuera, sino sensibilizarla hacia los problemas de los hispanos. Los militares hacían cargos en contra de ellos y la Iglesia los menospreciaba, proveyéndolos de parroquias llenas de fallas, escuelas mal financiadas y de sacerdotes mediocres. Más adelante, ellos demandaron respeto a sus valores y cultura y un reconocimiento indudable ante el tribunal de justicia. Los jóvenes puertorriqueños se adueñaron de un centro público de Harlem y otros pintaron la estatua de Birginia Brown Mission, Texas. Los jóvenes activistas rodearon la parroquia en Brighton, Colorado, y no permitieron la entrada a nadie hasta que el sacerdote aceptó officiar una misa a la semana en español. En Los Ángeles, en 1969 hubo una confrontación entre la policía y un grupo de Católicos por La Raza en plena Misa de Nochebuena, debido a la clausura de una escuela secundaria católica del barrio. El mismo grupo tuvo otro enfrentamiento por la falta de sacerdotes de origen hispano.

EL MOVIMIENTO Y LA IGLESIA HISPANA:

El año de 1970 marca el principio de la Iglesia Hispana en los Estados Unidos. El día cinco de mayo, fecha de una gran fiesta mexicana, se

³³ Grebler, *et al.*, p. 459.

ordenó el primer sacerdote de origen hispano. El nuevo prelado, Patricio F. Flores, originalmente fue un trabajador migratorio que, al igual que su familia, había seguido a las cosechas. Conoció la pobreza y la discriminación. Para entonces, el Movimiento había ganado el apoyo de la Iglesia. Los sacerdotes mexicano-americanos en 1969 organizaron un grupo bajo las siglas PADRES, padres asociados para los derechos religiosos, educativos y sociales. Poco después, las mujeres religiosas se agruparon en una organización llamada HERMANAS, con los mismos objetivos que los PADRES. Ambos grupos no sólo estaban estrechamente ligados a los trabajadores del campo, sino también a los obreros urbanos. Pronto habrían de arrastrar a toda la Iglesia a su movimiento.

Tanto los sacerdotes como las religiosas pronto empezaron a desafiar a la Iglesia. El padre Virgil Elizondo, miembros del grupo PAIRES y director del Centro Cultural Mexicano-americano, de reciente creación, declaró que la Iglesia veía a los hispanos como un problema que resolver en vez de gentes que amar. El prelado Flores declaró que la Iglesia no había sido una verdadera madre para sus miembros hispanos.

Flores había sido obispo por unos cuantos meses cuando el Movimiento decidió hacer una demostración por todo el Suroeste en protesta por la guerra de Vietnam. Los mexicano-americanos, además de comulgar con las ideas de quienes consideraban que la guerra era un error, tenían un motivo más profundo para quejarse —el por lo general alto número de bajas de su propia gente. Aun cuando entre 1961 y 1967 ellos constituían sólo el 10-12 por ciento de la población en el Suroeste, habían acumulado el 19.4 por ciento de las víctimas del combate.³⁴ Por lo tanto, el 29 de agosto de 1979 se reunieron treinta mil mexicano-norteamericanos, al este de Los Ángeles, para marchar y reunirse en Laguna Park, para pedir la suspensión de la guerra. Se dice que ésta ha sido la más grande concentración de mexicano-norteamericanos en la historia. La congregación incluía a los líderes del Movimiento de todo el Suroeste. Una de estos participantes en la ciudad, aunque supuestamente él no asistió a la reunión, fue el obispo Flores.

La marcha hacia el parque fue pacífica y alegre; muchos de los participantes eran familias enteras, incluyendo a los niños. Pero tan pronto como empezaron las pláticas, 1 200 policías, aprovechando un problema insignificante ocurrido en las cercanías del parque, atacaron a la multitud, primero a macanazos y gases lacrimógenos y después con armas de fuego. El padre Juan Romero, un sacerdote del este de Los Ángeles, quien después de la experiencia se hizo radical, dice que vio a los policías golpeando a hombres, mujeres y niños sin ningún motivo.³⁵ El pánico se apoderó de la multitud y todos trataron de huir de la violencia. Los activistas respondieron la agresión violentamente también quemando y robando todo lo que

³⁴ Rodolfo Acuña, *Occupied America*, 258.

³⁵ Entrevista personal hecha por el autor, 1978.

encontraban, no sólo en el este de Los Ángeles, sino en otros lugares también.

Hubo tres hombres muertos, entre ellos Rubén Salazar, un periodista mexicano-americano ganador de un premio, que trabajaba para el periódico *Los Angeles Times* y para una estación de televisión local. Él murió cuando estalló un proyectil lacrimógeno disparado por un jefe de la policía a una multitud reunida en un bar en donde se encontraba tomando un descanso en medio de la lucha. Sesenta personas resultaron heridas, incluyendo 35 víctimas de los disparos de la policía.

Doscientos fueron arrestados, algunos de ellos fueron encadenados y atacados con rociadores de gases anti-motines repetidamente, como una de las víctimas, el historiador Rodolfo Acuña, lo dejara escrito. Los daños ascendieron a un millón de dólares. Cuatro policías resultaron heridos por disparos de arma de fuego en Riverside cuando buscaban al francotirador. La violencia se prolongó durante cuatro meses, dejando como saldo otras dos personas muertas, mucho heridos por los disparos hechos por la policía, cientos de arrestados, maltrato a los prisioneros y otras violaciones a los derechos civiles.

Después del primer incidente, los líderes de la moratoria pidieron a la Iglesia que se uniera a ellos. La Iglesia de Los Ángeles se rehusó; pero el obispo Flores se reunió con ellos. Por eso, el joven obispo auxiliar de San Antonio, que entonces tenía 40 años de edad, fue acusado de intromisión y se mandaron quejas al Arzobispado de San Antonio.³⁶ Durante los disturbios, los sacerdotes mexicano-americanos miembros de la organización PADRES dieron los santos óleos a los moribundos y predicaron para los heridos durante la revuelta. Por primera vez, los hispanos encontraron a sus sacerdotes a su lado durante la lucha en las ciudades.

UNIFICACIÓN DE LOS ESFUERZOS HISPÁNICO-ANGLOSAJONES

Más tarde, en 1970, el éxito más notable en favor de los obreros hispanos involucró el esfuerzo conjunto de esos trabajadores y de los anglosajones. Un ejemplo importante fue la lucha en contra de la Compañía Farah Clothing, Co., una de las empresas más grandes de manufactura de ropa casual para hombre en los Estados Unidos, que en ese entonces tenía sucursales en El Paso, Texas, Albuquerque, Las Cruces, Victoria y San Antonio. La compañía tenía 10 400 empleados, de los cuales el 85 por ciento eran mujeres mexicano-americanas.

Debido a que la compañía se rehusó a reconocer al sindicato que los trabajadores habían escogido, la Unión de Trabajadores de la Industria del Vestido de América organizó un boicot en toda la Unión Americana, en 1972. Este movimiento fue encabezado por el obispo Sidney Metzger,

³⁶ Padre Juan Romero, Los Angeles, Calif., entrevista hecha por el autor.

dependiente de la diócesis de El Paso, y un pastor mexicano-americano, Jesse Muñoz. La parroquia del obispo Metzger, Nuestra Señora del Rayo, se convirtió en el cuartel general de la huelga. Metzger escribió a todos los obispos católicos del país pidiéndoles que apoyaran el boicot. La Conferencia Católica de Texas respaldó al boicot y pidió al Consejo Nacional de Relaciones Laborales que organizaran las elecciones de la representación del sindicato.³⁷ La victoria, sin embargo, fue en vano, ya que la Compañía Farah cambió sus plantas a los países del Tercer Mundo, donde no tendría que luchar con sindicatos.

Para establecer comunicación, la Iglesia decidió programar una serie de reuniones, llamadas encuentros, para dar oportunidad a los hispanos de desahogar su infortunio. Estas reuniones se llevaron a cabo en las parroquias a nivel nacional y local. El Primer Encuentro Nacional Pastoral se realizó en junio de 1972, en Washington, congregando cerca de 200 líderes hispanos y a unos cuantos obispos. Ya para el Segundo Encuentro Nacional realizado en 1977 se consultó a gente de la comunidad rural como parte del proceso y se llevaron sus mensajes a Washington. Había cerca de 40 obispos entre los asistentes. El Tercer Encuentro Nacional se llevó a cabo en 1985; fue un elaborado proceso para lograr un consenso, aun forzando las partes, sobre los principios generales de un plan nacional para un clero especial para los hispanos. Fue comisionado por medio de una carta pastoral aprobada por la Conferencia Nacional de Obispos Católicos. Un total de 134 diócesis de las 175 existentes estuvieron representadas en el encuentro. El plan nacional pastoral, programado para su consideración en noviembre de 1986, prometió mucho a la clase trabajadora de las ciudades por lo que se refiere al clero; como por ejemplo, su compromiso para impartir justicia, educación y justicia social. Sin esperar que los obispos participantes actuaran primero, algunas parroquias procedieron inmediatamente a establecer sus propios planes para que hubiera un clero hispano.

Tal vez la manera más efectiva en que la Iglesia ha servido a los trabajadores hispanos es a través de un proceso que empezó en San Antonio en 1974. Fue implementado por un grupo llamado Comunidades Organizadas para Servicios Públicos (COPS), el cual tomó como base la filosofía del finado Saul Alinsky. Él creía que los pobres podían llegar a ser los amos de su propio destino si se organizaban alrededor de sus propios intereses. Sus ideas, sin embargo, no habían sido aplicadas con mucho éxito, sino hasta que fueron aplicadas en San Antonio por los jóvenes trabajadores del barrio conocido con el nombre de Ernie Cortez.

El grupo COPS tuvo tanto éxito al dar poder a los pobres de San Antonio que se convirtió en el modelo para otros grupos similares en por lo menos media docena de ciudades. Los elementos clave eran la Iglesia comprometida con el movimiento y los sacrificios que la gente pobre estaba dispuesta a hacer. El grupo COPS usaba la parroquia como su unidad de

³⁷ *Fronteras*, pp. 389-390.

organización. Es una federación de iglesias organizadas. Los organizadores encontraron que la gente pobre que había sido privada de sus derechos, podía ser motivada grandemente por una autodeterminación. Ahora existen organizaciones idénticas en Los Ángeles, Houston y El Paso y otras parecidas en otros muchos lugares. Lo que todo esto ha dado a los pobres es poder político, ha desarrollado el liderazgo que ha logrado a los pobres de las ciudades de muchos de los males que les han sido impuestos. Como resultado, los pobres son una fuerza a la que hay que tomar en cuenta, considerada por los políticos, consultada por la industria y por la comunidad económica.

Estas organizaciones, que pronto se hicieron autosuficientes, fueron iniciadas con los fondos de la Campaña para el Desarrollo Humano. Un órgano de los obispos de los Estados Unidos para ayudar a los pobres, ganó su autodeterminación. En cada ciudad en donde estos grupos se han organizado han recibido un fuerte apoyo por parte de los obispos y de los pastores. Aquí, también el liderazgo hispano ha sido determinante. El grupo *COFS* tuvo éxito porque había jóvenes mexicano-americanos entre los sacerdotes, que no tenían miedo de inmiscuirse en la política.

Tal vez el elemento más determinante del Vaticano II para la clase trabajadora hispana era la autorización de la práctica litúrgica en la lengua de la gente. El uso del español, tan generalizado, ha revivido el orgullo de una cultura en aquellos que tienen mucho tiempo en los Estados Unidos, y los ha unido como nunca antes. En tanto que esto ha aumentado la polarización —la mayoría aún reclama que los hispanos deben olvidar su lenguaje y sus tradiciones de la misma manera que lo han hecho otras minorías— este orgullo cultural está uniendo a los hispanos.

CONCLUSIÓN

La Iglesia no ha servido a los trabajadores de origen hispano bien porque hasta hace muy poco tiempo ellos no tenían Iglesia. Ellos eran representados sólo como los objetos del servicio religioso por una Iglesia institucional que veía poco qué admirar en ellos o en su cultura. Por mucho tiempo, también, la Iglesia continuó considerando a los hispanos como gente de campo, cuando por esa época, la mayoría era gente de la ciudad. Los obispos en su convocatoria de 1983 para el Tercer Encuentro Nacional, los llamaron una bendición. Si los obispos pueden cumplir la promesa que implicaba el cambio de corazón, los hispanos pueden sentirse esperanzados acerca del futuro. Mucho queda por hacerse.

(Esta ponencia fue presentada en el simposio de CEHILA, en São Paulo, Brasil, realizado del 15-18 de julio, 1986.)

Traducción de Glafira del Espíritu Santo González